

TERRY
GOODKIND

La ESPADA de la VERDAD

EL ESPÍRITU
DEL FUEGO



minotauro

TERRY GOODKIND
La ESPADA de la VERDAD

5

EL ESPÍRITU
DEL FUEGO

minotauro

La Espada de la Verdad n.º 05/17 El espíritu del fuego

Soul of the Fire (Sword of Truth) by Terry Goodkind © 1999 published in agreement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, USA.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Joana Claverol

Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los propietarios de los copyrights. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores.

Diseño de cubierta: Coverkitchen

Mapa: Terry Goodkind

ISBN: 978-84-450-1654-1

Depósito legal: B. 11.910-2023

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros



Me pregunto qué les pasa a los pollos —dijo Richard.
Kahlan se acurrucó contra el hombro de Richard.
—Tal vez tu abuelo les está dando la lata también a ellos. —En vista de que Richard no respondía, Kahlan echó la cabeza hacia atrás para observarlo a la tenue luz del fuego. Richard miraba la puerta—. O quizá protestan porque no les hemos dejado pegar ojo esta noche.

Richard sonrió y la besó en la frente. Ya no se oía a los pollos al otro lado de la puerta. Kahlan pensó que sin duda los niños de la aldea, que seguían celebrando la boda, los habían espantado del murete que se alzaba junto a la casa de los espíritus, donde les gustaba posarse, y se lo dijo a Richard.

Hasta su tranquilo refugio les llegaban los lejanos sonidos de risas, conversaciones y canciones. La fragancia de los palitos embadurnados con resina que siempre quemaban en la casa de los espíritus se mezclaba con el penetrante olor del sudor fruto de la pasión y el aroma dulce y picante de cebollas y pimientos asados. Kahlan contempló un segundo el resplandor del fuego que se reflejaba en los ojos grises de Richard antes de volverse a acurrucar entre sus brazos y mecerse suavemente al son de los tambores y las boldas. Estas eran instrumentos huecos en forma de campana, con crestas grabadas que se rascaban con una especie de paletas, produciendo extrañas e inquietantes melodías. Su música se filtraba en la soledad de la casa de los espíritus antes de perderse hacia la llanura. Era el modo de invitar a los espíritus de los antepasados a unirse a la celebración.

Richard se estiró hacia un lado para coger un pedazo redondo y plano de pan de tava de la fuente que su abuelo Zedd les había llevado.
—Aún está caliente. ¿Quieres un poco?

—¿Ya os habéis aburrido de vuestra esposa, lord Rahl? —Kahlan sonrió al oír cómo Richard se reía, satisfecho.

—Estamos casados de verdad, ¿no? No ha sido solo un sueño, ¿verdad?

A Kahlan le encantaba su risa. Había pedido tantas veces a los buenos espíritus que Richard volviera a reír... y también ella.

—Es un sueño hecho realidad —murmuró, y desvió su atención del pan de tava para darle un beso muy largo.

La respiración del joven se aceleró al estrecharla entre sus fuertes brazos. Kahlan le acarició los hombros, anchos, musculosos y resbaladizos por el sudor, hasta hundir los dedos en el espeso cabello de Richard. Gemía suavemente.

Precisamente allí, en la casa de los espíritus de la gente barro, fue donde una noche Kahlan se dio cuenta por primera vez de que estaba perdidamente enamorada de él. Pero en aquel entonces, de eso le parecía que había pasado una eternidad, le estaba prohibido amar y lo mantuvo en secreto. Fue en el curso de esa visita que, después de mucho batallar, esforzarse y sacrificarse, fueron aceptados en la comunidad de ese remoto pueblo. También en la casa de los espíritus, aunque en una visita posterior, después de que Richard logró lo imposible y rompió el hechizo de la prohibición, fue donde le pidió que se casara con él. Y por fin habían pasado su noche de bodas en la casa de los espíritus de la gente barro.

Pese a que se habían casado por amor y solo por amor, su boda sellaba asimismo la unión formal de la Tierra Central y D'Hara. En cualquiera de las grandes ciudades de la Tierra Central se habría festejado con grandes y esplendorosas celebraciones. Kahlan sabía mucho de eso. Pero la gente barro no tenía ninguna malicia y comprendía que quisieran casarse por razones sencillas y sinceras. Kahlan se alegraba de haberse casado entre personas que los apreciaban de corazón en lugar de haberlo hecho con fría pompa y lujo.

La vida era muy dura para la gente barro en las llanuras de la Tierra Salvaje, así que esa celebración era una oportunidad excepcional para divertirse, darse un festín, bailar y contar historias. Que Kahlan supiera, ningún forastero había sido aceptado antes como gente barro, por lo que esa boda no tenía precedentes. Seguramente sería incorporado a su tradición y, en el futuro, bailarines vestidos con complicados disfraces de hierba y pieles, con las caras pintadas de barro negro y blanco, relatarían la historia.

—Te estás aprovechando de una chica inocente con tu encanto —bromeó ella sin aliento. Empezaba a olvidar lo débiles y cansadas que notaba las piernas.

Richard se tumbó de espaldas para recuperar la respiración.

—¿No crees que deberíamos salir y averiguar qué trama Zedd?

—Pero ¡bueno, lord Rahl! Creo que realmente estás cansado de tu nueva esposa. Primero los pollos, luego el pan de tava y ahora tu abuelo.

Con la mirada fija otra vez en la puerta, Richard anunció:

—Huelo sangre.

Kahlan se incorporó.

—Probablemente no es más que una pieza que acaban de traer los cazadores. Si pasara algo, lo sabríamos. Tenemos guardianes. De hecho, toda la aldea nos protege. Nadie podría pasar entre los cazadores sin ser visto. Como mínimo darían la alarma, y la gente barro se enteraría.

Pero dudaba de que la hubiera oído. Richard se había quedado paralizado, con la mirada clavada en la puerta. No se relajó hasta que Kahlan le acarició un brazo y le posó suavemente una mano en el hombro.

—Tienes razón —se disculpó con una sonrisa volviéndose hacia ella—. Me temo que no consigo relajarme.

Durante casi toda su vida Kahlan había tenido poder y autoridad. Desde pequeña le habían inculcado disciplina, sentido del deber y le habían enseñado las amenazas que siempre ensombrecieron su existencia. Así pues, cuando le llegó el momento de ponerse al frente de la alianza de la Tierra Central, ya estaba acostumbrada a vivir con eso.

La infancia de Richard había sido muy distinta. Cuando creció, pudo dedicarse a su gran pasión, los bosques de su tierra natal, y se convirtió en guía de bosque. Los sucesos externos, los sufrimientos y el destino lo habían empujado hacia una nueva vida como líder del imperio de D'Hara. Por eso debía mantenerse siempre alerta y le costaba bajar la guardia.

Kahlan observó cómo, involuntariamente, Richard se pasaba la mano por la ropa. Buscaba la *Espada de la Verdad*. Para viajar hasta la aldea de la gente barro había tenido que dejarla atrás.

En incontables ocasiones lo había visto asegurarse distraídamente y sin darse cuenta de que tenía la espada a mano. Durante meses, mientras se enfrentaba a cambios trascendentales, el arma lo había acompañado. La espada lo protegía y, a cambio, él protegía la singular arma y lo que representaba.

De algún modo, la *Espada de la Verdad* no era más que un talismán, pues en realidad el verdadero poder residía en la mano que la empuñaba. Como Buscador de la Verdad, Richard era la verdadera arma. En algunos aspectos la espada era simplemente un símbolo de autoridad para quien la llevaba, igual que el inconfundible vestido blanco de Kahlan simbolizaba a la Madre Confesora.

Ella se inclinó hacia delante y lo besó. Los brazos de Richard la estrecharon de nuevo. Juguetonamente, Kahlan lo atrajo hasta que quedó otra vez encima de ella.

—¿Y bien?, ¿qué se siente al estar casado con la Madre Confesora en persona?

Richard se recostó sobre un codo, junto a ella, y la miró a los ojos.

—Es maravilloso e inspirador. Además de cansado. —Suavemente fue siguiendo la mandíbula de Kahlan—. ¿Y qué se siente al estar casado con lord Rahl?

—Pues resulta bastante pegajoso —repuso Kahlan sin poder reprimir una carcajada gutural.

Richard se rio y le tapó la boca con un pan de tava. Luego se incorporó y colocó la fuente de madera, llena hasta el borde, entre ellos dos. Ese pan se elaboraba con raíces de tava y era uno de los alimentos básicos de la gente barro. Se servía en casi todas las comidas y se consumía solo o enrollado sobre otros alimentos o para acompañar gachas y estofados, en cuyo caso se usaba a modo de cuchara. También se secaba en forma de galleta para las largas expediciones de caza.

Aliviada porque el joven había dejado de preocuparse por lo que pasaba al otro lado de la puerta, Kahlan bostezó mientras se estiraba. Al verlo de nuevo tranquilo, lo besó.

Debajo de una pieza de pan de tava caliente descubrió pimientos, cebollas y setas tan grandes como su mano, nabos asados y verduras hervidas. Incluso había tortas de arroz. Richard dio un mordisco a un nabo antes de enrollar algunas verduras, una seta y un pimiento en un pan de tava, que luego ofreció a Kahlan.

—Ojalá pudiéramos quedarnos aquí para siempre —comentó pensativamente.

Kahlan se cubrió un poco con la manta. Sabía qué quería decir Richard. Fuera, el mundo los esperaba.

—Bueno... —repuso poniéndole ojitos tiernos y pestañeando—, solo porque Zedd nos haya dicho que los ancianos quieren recuperar la casa de los espíritus no significa que tengamos que irnos hasta que estemos preparados.

Richard se tomó la juguetona sugerencia con una sonrisa afectada.

—Lo de los ancianos era una excusa. Zedd quiere verme.

Kahlan mordió el rollito que Richard le había preparado mientras observaba cómo él partía por la mitad una torta de arroz con aire ausente. Parecía tener la mente muy lejos de lo que estaba haciendo.

—Hace meses que no te ve —admitió ella, y se limpió con un dedo una gota de jugo que le caía por la mejilla—. Se muere de ganas de ente-

rarse de todo lo que has pasado y lo que has averiguado. —Richard asintió distraídamente. Mientras, ella se chupaba el dedo manchado de jugo—. Te quiere, Richard. Y hay cosas que tiene que enseñarte.

—Me ha estado enseñando cosas desde que nació. Yo también lo quiero.

Richard envolvió setas, verduras, pimiento y cebolla en pan de tava y le dio un gran mordisco. Kahlan oía el lento crepitar del fuego y la lejana música mientras sacaba trozos de verdura de su rollito y los mordisqueaba.

Al acabar, Richard buscó bajo la pila del pan y sacó una ciruela pasa.

—Y durante todo ese tiempo pensé que solo era un amigo muy querido; nunca sospeché que fuese mi abuelo, ni tampoco que fuese más que un hombre normal.

Mordió la mitad de la ciruela y le ofreció a ella la otra mitad.

—Te estaba protegiendo, Richard. Lo más importante que debías saber era que era tu amigo. —Kahlan aceptó la ciruela y se la metió en la boca. Mientras masticaba contempló las hermosas facciones del joven.

Con las yemas de los dedos le obligó a girar la cara para mirarla. Kahlan comprendía las preocupaciones profundas de Richard.

—Ahora Zedd vuelve a estar con nosotros, Richard, y nos ayudará. Su consejo será tanto un consuelo como una ayuda.

—Tienes razón. ¿Qué mejor consejero podemos tener? —Con estas palabras se acercó los pantalones—. Y no hay duda de que está impaciente por oírlo todo.

Mientras Richard cogía los pantalones negros, Kahlan se colocó una torta de arroz entre los dientes y la mantuvo allí, mientras sacaba cosas de su mochila. Entonces se detuvo y se quitó la torta de la boca para hablar:

—Hemos estado separados de Zedd durante meses, tú más tiempo que yo. Zedd y Ann querrán saberlo todo. Tendremos que contárselo una docena de veces antes de que se den por satisfechos.

»Pero antes me encantaría darme un baño. Hay manantiales de agua caliente bastante cerca.

Richard dejó de abrocharse la camisa negra.

—¿Qué fue eso que alarmó tanto a Zedd y Ann anoche, antes de la boda?

—¿Anoche? —Kahlan sacó de la mochila su camisa doblada y la desplegó—. Fue algo sobre los repiques. Les conté que había pronunciado el nombre de los tres repiques. Pero Zedd dijo que se ocuparía de eso, fuese lo que fuese.

A Kahlan no le gustaba pensar en ello. Se le ponía la piel de gallina

al recordar el miedo y el pánico que la embargaron en esos momentos. Notaba una sensación de náusea y debilidad al imaginarse lo que podría haber ocurrido de haber tardado un segundo más en pronunciar esos tres nombres. Un segundo más, y Richard estaría muerto. Kahlan apartó de sí esos funestos pensamientos.

—Eso es lo que recuerdo. —Richard sonrió mientras le guiñaba un ojo—. Te vi con tu vestido azul de novia y... bueno, recuerdo que en esos momentos tenía cosas más importantes en que pensar.

»Se supone que los tres repiques son un asunto de poca importancia. Creo que Zedd lo dijo. Justamente a él no deberían representarle ningún problema.

—¿Qué me dices del baño?

—¿Qué? —Otra vez miraba fijamente la puerta.

—El baño. Podemos ir a los manantiales y tomar un baño de agua caliente antes de sentarnos con Zedd y Ann a explicarles largas historias.

Richard se puso la túnica negra por la cabeza. El resplandor del fuego se reflejó en la ancha banda dorada que ribeteaba los bordes.

—¿Me lavarás la espalda? —preguntó a Kahlan observándola de soslayo.

Ella se quedó mirando su sonrisa, mientras él se abrochaba el ancho cinturón de piel, que llevaba bolsas recamadas en oro a ambos lados, en las que guardaba posesiones tan extraordinarias como peligrosas.

—Lord Rahl, os lavaré cualquier cosa que deseéis.

Richard se reía mientras se colocaba los brazaletes de plata acolchados con piel y adornados con antiguos símbolos en los que se reflejaba la luz rojiza de las llamas.

—Parece que mi reciente esposa piensa convertir un baño normal y corriente en algo memorable.

Kahlan se cubrió los hombros con una capa y a continuación liberó su espesa y larga melena de debajo de la prenda.

—Antes de ponernos en marcha, tenemos que avisar a Zedd —replicó, clavándole un dedo en las costillas con gesto juguetón—. Y luego ya verás.

Riéndose entre dientes, Richard le cogió el dedo para que dejara de hacerle cosquillas.

—Si realmente quieres bañarte, será mejor que no le digamos nada a Zedd. Empezará a hacernos solo una pregunta, luego otra y otra más. —El joven se ató al cuello la capa dorada, que relucía a la luz del fuego—. Y antes de que nos demos cuenta, el día llegará a su fin y él seguirá preguntando. ¿A qué distancia están los manantiales de agua caliente?

—A una hora de camino hacia el sur o tal vez un poco más.

Kahlan metió en una cartera de cuero pan de tava, un cepillo, una pastilla de jabón de hierbas aromáticas y algunas cosillas más.

—Pero si, como dices, Zedd quiere vernos, ¿no crees que se molestará si nos vamos sin decirle nada?

Richard soltó una risa cínica.

—Si te apetece bañarte, será mejor disculparnos después por no habérselo dicho antes. No iremos lejos. De todos modos, estaremos de vuelta antes de que quiera darse cuenta.

—Richard —dijo Kahlan muy seria, cogiéndolo por un brazo—, sé que tienes muchas ganas de ver a Zedd. Si estás impaciente por hablar con él, podemos posponer el baño. De verdad que no me importa. De hecho... lo he propuesto sobre todo porque deseaba que estuviésemos solos un poco más.

Richard la abrazó.

—Ya lo veremos cuando volvamos dentro de un par de horas. Zedd puede esperar. Yo también prefiero estar contigo a solas.

Mientras él empujaba suavemente la puerta, Kahlan se fijó en que una vez más buscaba con gesto involuntario la espada ausente. La dorada capa del joven brilló cuando le dio la luz del sol. Kahlan, que salió tras él a la fría luz matutina, tuvo que entornar los ojos. Su olfato se llenó de los sabrosos aromas de comida que se preparaban en los fuegos de la aldea.

Richard se inclinó a un lado y miró detrás del murete. Su mirada de halcón barrió velozmente el cielo y se demoró en los angostos espacios que quedaban entre el lío de edificaciones cuadradas y monótonas que los rodeaban.

Los chamizos que se levantaban en ese lado de la aldea, como la casa de los espíritus, tenían diversos usos comunales. Algunos los utilizaban únicamente los ancianos como una especie de refugio y otros eran el escenario de los rituales que realizaban los cazadores antes de emprender una larga expedición. Ningún hombre cruzaba jamás el umbral de las casas destinadas a las mujeres.

También los muertos se preparaban allí antes de la ceremonia funeraria. La gente barro los enterraba. Hubiera sido muy poco práctico usar leña para levantar piras funerarias; toda la leña se recogía muy lejos de la aldea, por lo que era muy valiosa. El combustible con que se encendían los fuegos para cocinar se completaba, generalmente, con fajos muy prietos de hierba seca o también con estiércol seco. Las hogueras como las que habían ardido la noche anterior en su boda eran algo muy especial y que pocas veces podían disfrutar.

En esa parte de la aldea reinaba una atmósfera vacía y sobrenatural, pues nadie vivía en ninguno de los chamizos vecinos. El misterioso sonido de los tambores y las boldas acentuaba el ambiente que se creaba en las profundas sombras. Debido a las voces lejanas, las calles desiertas parecían estar encantadas, mientras que en comparación con los audaces rayos de sol que caían oblicuos, las profundas sombras se antojaban impenetrables.

Sin dejar de escrutar las sombras, Richard hizo un gesto hacia atrás. Kahlan miró por encima del murete.

En medio de un montón de plumas que se agitaban con la fría brisa vio el cuerpo ensangrentado y sin vida de un pollo.